

HOMILÍA DEL P. BORIS BOBRINSKOY EN EL FUNERAL DE OLIVIER CLÉMENT EL 20 DE ENERO DEL 2009

Es una apasionante pero dura tarea tener que acompañar a Olivier Clément con la palabra en estos días en los que mi amigo de toda la vida celebra –y todos nosotros con él– su Pascua última y definitiva. La Pascua es siempre un paso de la muerte a la vida. En la celebración de los funerales cristianos, el último de los grandes sacramentos de la vida cristiana, se debería, como en Pascua, anunciar que Cristo ha resucitado y de este modo subrayar el carácter luminoso y la esperanza que se desprende de él.

Tuve el privilegio de llevar la santa comunión a Olivier poco después de la fiesta de la Natividad del Salvador. Le sentía, a la vez, muy presente, apacible, confiado pero también, por otra parte, atento a lo esencial. Hay que decir que los últimos años de su enfermedad, en los que Olivier estaba postrado en cama y Monique le velaba y acompañaba sin descanso, fue un tiempo de dura prueba para él y para todos los suyos, pero, me atrevo a decir que, fue también un tiempo excepcional de gracia, una auténtica marcha a través del desierto interior del corazón que significó para él una comunión profunda con el Señor. Evocando este período de prueba, uno de sus amigos escribió que “su historia personal hizo de él un eremita en la ciudad, esta ciudad vista desde lo alto y presente en su corazón. Después de una larga historia

transcurrida en medio de la vida de la gente, en contacto con los jóvenes, en los debates de las ideas, en el interior de la Iglesia, parece haberse retirado a la soledad del eremita”¹. No puedo sino evocar esta palabra del profeta Oseas: “Yo la llevaré al desierto y la hablaré al corazón... Yo te desposaré conmigo para siempre y te desposaré conmigo en justicia y derecho, en amor y compasión, te desposaré conmigo en fidelidad y tú conocerás a Yahvéh” (Os 2, 16. 21-22)².

Damos gracias a Dios por la larga vida en la que Olivier Clément supo consagrar lo mejor de sus talentos y de sus fuerzas al testimonio y la transmisión de la fe ortodoxa, o más bien, del mensaje evangélico envuelto en esta tradición bimilenaria. Fiel a la tradición de la Iglesia ortodoxa, recibida y confesada desde su bautismo en la edad adulta, Olivier sabía, sin embargo, no aferrarse a un rigorismo confesional cerrado y exclusivo. Le gustaba subrayar la importancia del diálogo, a la vez en el interior de las familias divididas de la cristiandad y, de modo más amplio, con las familias abrahámicas del judaísmo y el Islam.

Salido de un medio descristianizado como el que conocemos en Francia, país de misión, donde Dios nos ha hecho vivir y que amamos, al término de una larga búsqueda en las sabidurías orientales, Olivier encontró a Cristo y solicitó el bautismo en la Iglesia ortodoxa en noviembre de 1952. A diferencia de todos los que de entre nosotros hemos nacido y crecido en la Iglesia y hemos bebido desde la tierna infancia del pecho materno de la Iglesia la leche eclesial y, luego, el alimento sólido y consistente de la tradición ortodoxa, fue a la edad adulta cuando Clément vivió un profundo retorno, digámoslo, un nacimiento espiritual en el que las semillas de la resurrección germinaron e invadieron para siempre su espacio interior. “No se nace cristiano –decía ya un apologeta cristiano del siglo tercero–, se llega a serlo”.

Es entonces cuando, después de hacer recibido una formación literaria e histórica sólida, se produjo el encuentro de Olivier Clément con el filósofo ruso Nicolás Berdiaeff y

1 Prefacio de Andrea Ricardi en Olivier Clément, *Petite boussole spirituelle pour notre temps*, Paris 2008, 8.

2 Traducción de la Biblia de Jerusalén.

el teólogo ruso Vladimir Lossky, lo que implicó para Olivier un profundo retorno y una adhesión incondicional al misterio cristiano en sus profundidades. Así, antes de enseñar en el Instituto San Sergio desde los años 60, Olivier estuvo a la escucha de uno de los maestros más ilustres del pensamiento teológico ortodoxo contemporáneo, Vladimir Lossky, uno de los representantes más cualificados de lo que hemos denominado la neo-patrística ortodoxa. Olivier contribuyó a dar a conocer el pensamiento de Vladimir Lossky a través de la publicación póstuma de la *Visión de Dios*, su curso de teología dogmática y, también, de su tesis no defendida en la Sorbona sobre el Maestro Eckhart. Entre sus maestros y amigos citaría, sin duda, a Paul Evdokimov, Léon Zander y, finalmente, al P. Dumitru Staniloaë del cual Olivier pronunció el elogio en la entrega a éste del título de doctor en teología *honoris causa* en el Instituto San Sergio. Precisamos aquí cuán benéfica y fecunda fue la enseñanza realizada por Olivier en nuestro instituto, que llevó a cabo hasta sus últimas fuerzas, incluso postrado en el lecho de la enfermedad. Su amistad con el P. Staniloaë es significativa por la unión de Olivier con la gran tradición filocalica rumana, heredada del *staretz* Optino, tradición que el P. Staniloaë encarnaba y transmitía.

Presentando a Vladimir Lossky y Paul Evdokimov como “dos barqueros” Olivier se revistió de este carisma de pasador³, de barquero desde una orilla a otra. Barquero ante todo de la Tradición de la Iglesia indivisa en nuestro fin de milenio. Barquero entre el Oriente y el Occidente, Olivier se esforzó por realizar en su persona y en su pensamiento la síntesis del Oriente sirio-bizantino, de la tradición religiosa rusa (que va desde Berdiaeff hasta Soljénitsyne) y del Occidente contemporáneo del que él mismo surgió y al que representaba. “Su pensamiento es original porque él mismo es el fruto de un injerto complejo y bien logrado”⁴.

3 Pasador, en francés *passueur*, término de difícil traducción que sirve para calificar a alguien que entre dos fronteras, orillas o mundos sabe conducir de uno a otro lado de éstas. Es un término utilizado con frecuencia para denominar a estos dos teólogos rusos: Evdokimov y Lossky, así como al mismo Clément (N. del T.).

4 *Op. cit.*, 10.

Olivier estuvo presente en las grandes conmociones y cuestionamientos de nuestro tiempo: mayo del 68, la caída del muro de Berlín y la apertura de los países del Este, el milenario del bautismo de Rusia, el drama de Bosnia y la justicia rendida ante los sufrimientos del pueblo serbio. Dialogante con el marxismo, recordaba sin cesar la dignidad infinita de la persona humana, dialogante con la modernidad sin temor ni complacencia sino con la certeza de que el Evangelio de Cristo es lo que hay de más actual y vivo. Olivier era particularmente sensible a los problemas dolorosos de la ética médica, de la sexualidad, más bien, del amor, incluso, del eros humano como respuesta al eros de Dios mismo.

En fin, Olivier supo escuchar y transmitir al mundo de hoy el mensaje espiritual de los grandes patriarcas ecuménicos, el patriarca Atenágoras, de feliz memoria, y el actual patriarca Bartolomé. Introdujo, también el pensamiento del antiguo alumno de nuestro Instituto, el patriarca de Antioquia, Ignacio IV.

Permitidme además, antes de terminar, evocar algunos aspectos del pensamiento creador de Olivier. Hablaré, en primer lugar, de una visión plena de la fe cristiana en Olivier, de una ortodoxia auténtica pero, a la vez, de una ortodoxia abierta y acogedora a todo lo que hay de verdadero y auténtico, incluso más allá de las fronteras dogmáticas y canónicas de la ortodoxia histórica. Visión de plenitud y de unidad que no es uniformidad ni exclusividad. Este centro de unidad en la diversidad legítima encuentra evidentemente su raíz en el misterio de Cristo y en su centralidad. Su convicción profunda era que Cristo está presente en todo lugar y que por su encarnación el Verbo asumió la humanidad entera desde el inicio de la historia hasta su término. Toda la historia humana, decía Olivier, ha tendido hacia Cristo que vino y tiende hacia Cristo que viene.

Hablaré gustosamente de su teología como de una teología pascual. Como de un himno a la resurrección de Cristo y, por tanto, de esperanza en nuestra propia resurrección. Esta dimensión pascual atraviesa la totalidad de su obra, de su reflexión sobre la crisis de la modernidad, sobre la esencia misma de la ortodoxia. Le cito: “Es porque el Hijo eterno se solidarizó no solamente de nuestra humanidad creada a su imagen, sino también de nuestra condición mortal, de nues-

tra condición atea, del ateísmo más radical, por lo que todo se ha transformado ante el amor loco de Dios, por lo que el abismo del infierno y de la muerte se volatiliza como una irrisoria gota de odio en el fuego de la divinidad. El Verbo vuelve hacia su Padre tomando consigo la humanidad hacia la que se reabre, a partir de ahora, la plenitud de la vida, el camino de la deificación”.

Esta dinámica crística de la historia –de toda la historia– debe situarse en el espacio y soplo ardiente del Espíritu. El misterio del Espíritu... Me acuerdo de los primeros bocetos de Olivier sobre la controversia del *filioque* y su manera, nueva y clarificadora para mí, de extraer de ella su alcance existencial, en lo que concierne a la divinización del hombre a través del Espíritu que reposa sobre Cristo y sobre su Cuerpo que es la Iglesia. Pero más allá de esta reflexión teológica, Olivier sabía bien mostrar que hablar del Espíritu en la Iglesia o hablar de la Iglesia en el Espíritu era el mismo misterio, la misma experiencia de la Iglesia, esta divino-humanidad crística en la que sopla el Espíritu. Le cito: “El tiempo del Espíritu es el de una ‘sinergia’, de una colaboración, de una creatividad divino-humanas: en el nombre de Cristo, es decir, en su presencia más intensa, en su presencia eucarística, eclesial, un campo infinito se abre a la libertad humana convertida en creadora por el Espíritu, a fin de que el Dios-Hombre, como decía Vladimir Soloviev, llegue a ser el Dios-Humanidad y Dios-universo”.

El misterio de la Iglesia, por tanto, es también el de su organización, el del ejercicio de la colegialidad o “sobornost” a todos los niveles de la vida eclesial, el de su devenir, por lo tanto, en Occidente, en el seno de nuestra diáspora. Olivier supo recordar con fuerza la importancia de la preparación del futuro concilio panortodoxo para el cual el difunto Atenágoras había trabajado tanto y le gustaba subrayar cómo la preparación colegial del concilio no era menos esencial que la celebración del mismo y que por tanto la Iglesia era según su naturaleza misma un concilio permanente a imagen del concilio eterno de la bienaventurada Trinidad. En esto también, Olivier recordaba las verdaderas exigencias de la ecle-siología ortodoxa sobre la unidad sacramental y canónica en un único territorio. La Iglesia es también la actualización de los Padres de la Iglesia en nuestro tiempo, y Olivier supo dar-

les la palabra haciéndose a un lado al máximo en el magnífico libro *Sources*, que es una preciosa mina donde beber el agua viva del Espíritu.

Terminaré subrayando cómo para Olivier la vida humana en todas sus facetas corporal, sentimental, intelectual, social sólo tenía sentido en el misterio de la resurrección. “Después de la resurrección de Cristo –decía–, un espacio de no muerte se abre en la opacidad del mundo, un espacio donde todo puede inclinarse hacia la luz”. Entrando tú a partir de ahora en la luz pascual sin ocaso del Reino y aquí, precisamente, en el día de la fiesta de san Serafín de Sarov, a todos nosotros reunidos hoy alrededor de ti, tú te diriges con este saludo de san Serafín: “Mi alegría, Cristo ha resucitado”.